



# MEDINA

---

OPERACIÓN ÉBANO

VERÓNICA SANDEL



# MEDINA OPERACIÓN ÉBANO

VERÓNICA SANDEL



Título original: Medina. Operación Ébano.

Autora: Verónica Sandel.

Primera Edición: Junio 2026

Corrección: Virginia de Novoa

Maquetación: Majo López

Diseño de portada: Veca Grace

Ilustraciones interiores: Veca Grace

© Todos los derechos reservados.

Esta obra está protegida por las leyes de copyright y tratados internacionales.

No está permitida la reproducción total o parcial de cualquier parte de la obra, ni transmisión de ninguna forma o medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia u otro medio, sin el permiso expreso del titular y autor de los derechos de autor.

El contenido de esta obra es ficción. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, empresas, eventos o locales es pura coincidencia y fruto de la imaginación de la autora.

Copyright © 2025 Verónica Sandel

**ISBN: 9798199800785**

**Sello: Independently published**

**Deposito legal: A 415-2026**

## ADVERTENCIA: ESTE LIBRO ES AUTOCONCLUSIVO, PERO DEBES SABER...

Aunque esta es una novela **autoconclusiva** que te sumerge en un **caso totalmente diferente y nuevo**, debes saber que, a nivel personajes, es la **continuación cronológica** de los hechos de la vida personal y profesional de los protagonistas tras la bilogía de Morris. Por lo tanto, si buscas una inmersión total en el Universo Morris y no me has leído antes, encontrarás pequeños *spoilers* sobre la vida de los inspectores y **minuciosas pinceladas** del icónico «caso de los murciélagos», protagonizado por nuestros inspectores Morris y Medina.

Con lo que si buscas una **lectura más inmersiva** te invito a que leas primero:

*-Morris entre sombras*

*-Morris tras la sombra*

Si por el contrario te apetece ver si mi estilo de pluma te gusta y no te importan las pequeñas pinceladas sobre el pasado de los protagonistas, pasa página y sigue leyendo.

Y si eres un frikimorris, deja de leer ya y pasa la página, ja, ja, ja, ja.

En cualquiera de los casos, decidas lo que decidas, **GRACIAS** por estar aquí y darle una oportunidad a mis historias.

Universo Morris, seguimos...

# PARTE PRIMERA

Gabriel Medina abre los ojos. El gesto es lento, como si su propio cuerpo no pudiera reaccionar. Siente una punzada de dolor en la coronilla al mismo tiempo que nota cómo un sabor a sangre le inunda la boca. Parpadea. El lugar está oscuro; no logra distinguir ni las paredes ni el techo. Deduce que está en el suelo; las cuerdas le rozan las muñecas; están bien tensas atadas a la espalda.

—Te veo bien, Medina —dice una voz a su derecha.

Se sobresalta, y un pinchazo le hace retorcerse de dolor, cortándole la respiración y obligándolo a tumbarse de costado para recuperarse.

—¿Qué tal está Maite? —pregunta con sorna.

—¿Quién eres? —balbucea el inspector, tratando de respirar.

El hombre se agacha, se coloca delante de él y enciende una linterna; la luz es blanca y le enfoca directamente a la cara. Cierra los ojos por la impresión y poco a poco trata de enfocar la vista, pero solo distingue una silueta, una que es imposible que esté ahí.

Y entonces, sus miradas se cruzan; el silencio pesa como una losa en la habitación. Gabriel aprieta los labios y traga saliva.

—No puede ser... —se sorprende.

—Pues aquí estoy —afirma con una sonrisa de medio lado.

Le desata las cuerdas. Lo hace sin prisa; se nota que no teme que Medina vaya a huir. Después se gira para avanzar hacia la puerta.

Algo aturdido, el inspector apoya la espalda en la pared, colocándose lo más recto posible y lo mira de arriba abajo mientras niega con la cabeza.

—No puede ser —repite para sí mismo.

—Volveré luego.

Y sin esperar respuesta, la puerta se cierra con un clic seco.

Gabriel se queda inmóvil, con la respiración entrecortada y el pulso golpeándole en las sienes.

No sabe si acaba de ver a un fantasma o a alguien que nunca debió volver.

# CAPÍTULO 1

*23 DE JUNIO (6 DÍAS ANTES)*

*ALICANTE*

Álex pasea de un lado a otro del porche con el pequeño Pedro en brazos, tratando de calmar su llanto, mientras su cuñada, Nora, sostiene a Laura y los mira con una sonrisa de orgullo en sus labios.

Laura y Pedro decidieron llegar al mundo el dieciocho de abril, tras un parto de más de veinticuatro horas. El embarazo de la inspectora Camila Morris había llegado justo al cerrar su anterior caso, dándole el soplo de vida que necesitaba en ese momento y siendo una grata sorpresa para su marido.

—No hay manera de calmarlo —bufa.

—Él es más inquieto, sin duda ha salido a Cami —asegura, y reprime una carcajada.

Justo entonces, Camila sale al exterior con el teléfono en la mano, se queda mirando a Álex y sonrío.

—Te he oído, Nora... Y sí, este pequeño se lleva todas nuestras horas de sueño. —Se acerca y le da un beso en la coronilla—. Está todo bien, mi amor.

Toma a Pedro en sus brazos y comienza a tararear mientras lo acurruca contra su pecho. Cuando le da el biberón, el llanto se apaga casi de inmediato. Álex se sienta al lado de Nora con cara de enfado.

—Ella juega con ventaja —se indigna, y ellas ríen ante el comentario.

—¿Cuándo empiezas a trabajar, Cami? —quiere saber su hermana, elevando un poco el tono de voz.

—Me gustaría incorporarme a mediados de julio. Quiero dejarme un par de semanas para otoño; aunque tengo que ir a ver al comisario para ver si le parece bien.

—Álex tiene flexibilidad horaria, ¿no?

—Sí —confirma él—, la segunda semana de julio tengo un viaje importante, pero podemos apañarnos.

—Si me necesitáis —se ofrece Nora—, yo puedo teletrabajar.

—Gracias, Nora. Aunque, por el momento nos apañamos bien y, además, también está mi hermana, Tatiana —se justifica Álex.

—Eso lo dices ahora —replica, dándole a Laura y levantándose—. Cuando llevéis un par de meses trabajando los dos, me lo decís.

—Existen guarderías... —Morris se pone en pie con Pedro dormido y lo coloca en su cunita.

—¿Los vais a meter en una guardería? —se sorprende ella, eso hace que su hermana se la quede mirando con las manos en jarras y parpadee varias veces.

—¿Qué problema hay? Hay guarderías muy buenas.

—Bueno, bueno —dice levantando las manos—. Si me necesitáis, me avisáis; puedo estar aquí en menos de veinticuatro horas. Voy a preparar una cafetera, ¿queréis algo?

Ambos niegan con la cabeza y Camila camina hasta el sofá para sentarse al lado de Álex.

—¿Todo bien? —quiere saber él señalando el móvil.

—Todo en orden. —Cierra los ojos y toma una amplia bocanada de aire—. Tengo ganas de volver, Álex.

—Necesitas acción —deduce él con una sonrisa de medio lado.

—No sé si acción, pero necesito..., no sé muy bien cómo explicarlo. —Duda y se queda en silencio—. Sentirme útil.

Morris coloca la cabeza sobre el hombro de su pareja y aprieta los labios.

—Te conozco, Cami, te pasa algo más.

—Llevo varios días dándole vueltas... —empieza, aunque se incorpora un poco para mirarlo de frente—. Aprovechando que mi hermana está aquí... —Él la

observa con atención asintiendo con la cabeza—. ¿Te acuerdas de la caja que me dejó mi padre? Creo que ha llegado la hora de abrirla.

Álex da un respingo y se levanta para colocar a Laura junto a su hermano.

—¿Estás segura? —pregunta, tomando sus manos para poder abrazarla.

—Sí. Creo que ha llegado el momento de entenderlo todo. —Coloca su frente sobre el pecho de Álex—. Siento que necesito cerrar esa etapa.

—¿Se lo has dicho a Nora?

—No —confiesa—, pero sé que ella también quiere abrirla.

—Bueno, sigo pensando que ella sabe más de lo que cuenta.

Morris yergue la espalda y frunce el entrecejo.

—¿Sigues sin fiarte de ella?

—No es eso —levanta una mano para excusarse—, pero estoy seguro de que sabe más de lo que dice de la vida de tu padre —contesta, bajando la voz hasta convertirlo en un susurro—. Aunque no se criara a su lado, ella formó parte de todo, estuvo dentro de la Sociedad toda su vida.

—No tuvo elección —la justifica—. Para ella fue muy duro, Álex.

—No la estoy juzgando. No te equivoques, solo te pido que vayas con pies de plomo.

Tras eso, Camila coge aire y lo aguanta en el pecho para soltarlo poco a poco, abrazándose a él con fuerza.

—Es la única familia que me queda.

—Gracias —contesta con sorna su marido.

—¡No! —exclama, separándose de él con los ojos abiertos—. Me refiero a que es lo único que me queda de mi pasado.

—¡Vale! —asiente—. Pero prométeme que irás con cuidado.

—Siempre voy con cuidado.

## CAPÍTULO 2

*ALICANTE - PARÍS*

—¿Estará bien? —pregunta de golpe Medina, ajustándose el cinturón en un gesto casi automático, reflejo de su propio nerviosismo.

Su mujer, Maite, que está sentada en el asiento de en medio del avión que los llevará a París, lo mira entrecerrando los ojos y negando con la cabeza.

—La niña está feliz de poder estar con los yayos, ni se va a dar cuenta de nuestra escapada.

—Ya, bueno... —refunfuña—, pero...

—¡Gabi! —suelta en una carcajada—. ¡Son tres días!

Ella sigue riendo y su marido la mira arrugando la nariz; pero finalmente le coge la mano y le da un beso sonoro, haciendo que vuelva a negar con la cabeza.

—Tienes razón, son nuestras primeras vacaciones solos desde que nació Lucía. ¡Nos lo merecemos! —Maite se acurruca sobre él y le da un beso—. Tengo ganas de pasear por los Campos Elíseos contigo, cariño. Sin mirar el reloj, sin pensar en el tiempo.

—Sin el móvil —recalca su mujer.

—Sin el móvil —repite él con los ojos muy abiertos—. Te prometo que lo apagaré en cuanto aterricemos y lo dejaré en el hotel.

—No te creo... —Ella chasquea la lengua, alejándose de él y cruzándose de brazos.

—Te lo prometo. Lo volveré a encender cuando aterricemos de nuevo en Alicante.

Medina cumple, saca el teléfono, lo apaga con un gesto firme mostrándoselo y se lo guarda en el bolsillo interior de su chaqueta. Maite sonrío, se acerca a él de nuevo y apoya su cabeza en su hombro. Se quedan en silencio, absortos en el murmullo de los pasajeros del avión mientras admiran el blanco de las nubes a través de la ventanilla.

«Señores pasajeros, les habla el comandante. Nos complace informarles de que hemos iniciado el descenso hacia el aeropuerto de París-Orly. La temperatura en tierra es de 22 grados centígrados, con cielo parcialmente nublado. Les rogamos abrocharse los cinturones, colocar sus respaldos en posición vertical y asegurar sus pertenencias. En nombre de la tripulación, les damos las gracias por volar con nosotros y les deseamos una excelente estancia en París».

El taxi los deja frente al hotel Brume Parisienne que está situado en el distrito XII. Es una zona relativamente céntrica, pero sin tanto turista, y además cuenta con una estación de metro a tan solo doscientos metros. El edificio se sitúa entre dos fachadas más modernas, conservando sus contraventanas de madera pintadas en gris perla y una marquesina de hierro forjado que cubre la entrada principal.

Maite sale del vehículo con una sonrisa de emoción en la cara mientras Medina paga al conductor, coge la maleta y revisa el asiento trasero para comprobar que no se deja nada, defecto de profesión.

—¡Uaaah! —exclama Maite—. El hotel parece muy lujoso, Gabi.

Su marido la mira y amplía su sonrisa, dejando ver sus hoyuelos; disfruta viendo feliz a su mujer. Ella se agarra de la mano de él, tirando con cariño para entrar juntos al edificio.

El vestíbulo del hotel huele a madera y flores frescas. Las paredes están cubiertas por paneles de roble envejecido y una alfombra burdeos recorre el suelo hasta el mostrador de recepción, donde una lámpara de cristal proyecta reflejos cálidos. El ambiente es muy romántico.

A la derecha, hay dos sillones de terciopelo verde frente a una chimenea apagada y, sobre ella, descansa un espejo antiguo con molduras doradas.

Maite se detiene un instante, recorriendo el lugar con la mirada, emocionada.

—Es como entrar en otra época —susurra. Medina asiente, apretándole la mano, y ambos se acercan al mostrador, donde una recepcionista joven les da la bienvenida.

—*Bonjour, madame, bienvenue à l'hôtel Brume Parisienne. Avez-vous une réservation ?*

—*Oui, bien sûr. Au nom de Gabriel Medina. C'est pour trois nuits, avec demi-pension.*

Los tíos de Maite viven en Francia desde que ella era pequeña y pasaba sus veranos en Marsella. Ella decía que había perdido la práctica, pero Medina la mira embobado cuando habla.

Mientras la recepcionista teclea con firmeza sobre el ordenador con semblante serio, buscando la reserva a nombre de Gabriel Medina, su mujer tamborilea los dedos sobre el mostrador.

—Muy bien... Ah, sí, veo la reserva. Habitación 327, situada en el tercer piso. Tienen incluido el desayuno. Veo que viene de España, habla usted muy bien en francés

—Gracias —sonríe Maite—. Esta es nuestra primera visita a París.

—¡Sean bienvenidos! La temperatura actual es de 18 grados y se prevén lluvias para esta noche, tomen precauciones —dice, y les entrega la tarjeta—. El ascensor está justo detrás. Si necesitan cualquier cosa, estoy a su disposición.

—Habitación 327 —repite Maite moviendo la tarjeta de color blanco con el logotipo del hotel frente a su marido, pero este sigue mirándola con cara de bobo.

—¿Qué pasa? —Frunce el ceño.

—Tú —contesta acercándose a su esposa—. Tú hablando francés, eso es lo que pasa.

Ella sonrío, le abraza y le da un beso sonoro en los labios.

—Venga, *macho man*, vamos para la habitación que necesito una ducha y salir a tomar un vino.



## CAPÍTULO 3

### *ALICANTE*

Morris le acerca un granizado de café a Nora mientras ella le da un largo trago al suyo y, cuando su hermana lo prueba, abre mucho los ojos.

—¿Qué le has puesto?

—Ron —contesta cerrando los ojos.

—Pero... ¿y los críos? —pregunta mientras mira hacia el piso de arriba.

—Duermen. —Chasquea la lengua y señala una caja antigua situada sobre la mesa del comedor—. Sin un buen lingotazo no voy a ser capaz de abrirla.

Su hermana suelta una carcajada y le da otro sorbo a su granizado de café. Morris se sienta a su lado en el sofá y se queda mirando al infinito con la pajita entre los labios sin decir nada.

—Cami... —la llama, haciendo que Camila la mire y coloque los pies sobre el sofá para poder mirarla de frente.

—¿Otro? —pregunta Morris, mostrándole su vaso vacío.

Nora se lo arrebata de las manos, lo deja sobre una mesa pequeña que hay delante del sofá y se la queda mirando.

—Si no quieres abrir la caja, no lo hagas. No tienes obligación —confiesa con sinceridad.

—Sí que quiero. Lo que pasa es que... —titubea— me da miedo lo que pueda encontrarme.

Su hermana asiente con la cabeza.

—Y hay muchas incógnitas sobre la vida de mi padre. Perdona, Nora, de nuestro padre.

—Pedro era mi padre biológico —sonríe—. Soy consciente de ello, y no te voy a negar que tengo curiosidad por saber qué fue de su vida, cómo llegó a ser quien fue, cómo se desvinculó. Pero la realidad es que es eso..., curiosidad. Para mí no es tan importante abrir esa caja. —Agarra las manos de Camila y levanta las manos al ver que ella abre mucho los ojos—. No me malinterpretes. Mi padre, el que para mí fue mi padre, fue un hijo de la gran puta que arruinó mi infancia y la de centenares de personas.

—Lo siento, Nora. No quería que...

—¡No! —la interrumpe—. Yo estoy bien, tranquila. Estoy feliz con la mujer que soy ahora y, sobre todo, estoy feliz con el futuro que tiene por delante mi hijo.

—Nora... —titubea Morris.

—Agradezco a la vida haberte reencontrado. Eres mi hermana, y me gustaría que lo que encontremos dentro de esta caja no nos separe, todo lo contrario, nos una.

Camila la mira entrecerrando los ojos. Las palabras de Álex se hacen más fuertes en su cabeza:

—Sabe más de lo que dice.

—¿Qué quieres decir? —inquieta, y la mira con intensidad.

—¡Voy a por más! —Se levanta, coge el vaso vacío de Morris y desaparece por la puerta de cristal que da a la cocina.

En cuanto Camila la ve desaparecer, camina hasta la mesa del comedor en la que descansa la caja que su padre le dejó. Acaricia la tapa con la yema de los dedos, tratando de encontrar en ese gesto la valentía suficiente para saber qué contiene su interior.

—¿Quién eras en realidad, papá? —susurra.

Cierra los ojos, coge aire y abraza la caja para llevársela consigo hasta el sofá. Se sienta y se la acomoda sobre el regazo.

Su hermana hace acto de presencia con dos granizados de café de un color demasiado claro. Ella, al verlos, abre mucho los ojos.

—Oficialmente estás de vacaciones, señora inspectora —anuncia, ofreciéndole uno de los vasos.

Se sienta a su lado mientras Camila tamborilea sus uñas sobre la tapa de la caja, nerviosa.

—¿Preparada?

—Más que preparada. —Asiente con la cabeza al mismo tiempo que abre la caja con mucho cuidado.

En su interior se encuentra con cartas antiguas, varios sobres amarillentos y manchados, con las esquinas dobladas y la tinta casi borrada por el paso del tiempo.

Al fondo, hay un paquete envuelto en un pañuelo de tela, cuidadosamente doblado, con las iniciales P. M. bordadas en hilo granate.

Morris se queda quieta unos segundos, indecisa, pero luego coge las cartas y empieza a pasarlas, una a una, leyendo los destinatarios. Mira a su hermana, que está a su lado, aguantando la respiración.

—Esta era para Juan —indica mostrándosela.

—Está sin abrir.

La inspectora la lanza sobre la mesa como si le quemara. No quiere recordar ese nombre.

—¿Lo conocías, Nora?

Su hermana la mira muy seria, se moja los labios con la lengua y asiente con la cabeza.

—¿Sabías que él formaba parte de...? —insiste Morris.

Nora se levanta, toma aire varias veces y comienza a moverse por la estancia, frotándose las manos; necesita caminar para ordenar sus ideas.

—Si lo que me estás preguntando es si sabía de su existencia... —plantea mirando a su hermana—, sí. Mi padre era un alto cargo de la Sociedad y, como ya sabes, en la casa de campo he presenciado muchas de las reuniones, además de otras cosas —sugiere antes de quedarse en silencio— que no vienen al caso. Pero si tu pregunta es más bien si yo era conocedora de su vínculo familiar conmigo —coge una bocanada de aire—, la respuesta es no.

Sus palabras salen con un poco de rencor.

—Nora, no te ofendas, pero hay muchas cosas que sabes y que me ocultas.

—Camí... —Suspira y se vuelve a sentar junto a su hermana—. ¿De qué serviría que yo te contara las cosas que he vivido? Dime.

—De mucho. Quiero entender.

—¿Qué es lo que quieres saber exactamente? Jamás entenderás mi vida, Camila —le dice, ahora sí, con tono de reproche—. Porque no has vivido lo que yo viví, porque no te han obligado a ver y hacer cosas que... —la voz se le quiebra— que no deberían ni tan siquiera existir.

—Lo siento, Nora. Discúlpame, no era mi intención... Es solo que hay algo en mí que me insta a querer saber. Pero tienes razón, y lo único que quiero de ti es todo lo referente a la Nora del presente.

Ambas se quedan en silencio, de esos silencios que pesan porque el pasado que ambas acarrean no es fácil, ni sencillo.

Morris vuelve la vista hacia las cartas y le hace entrega de una.

—Toma, esta es para ti.

Nora la coge y le da vueltas entre las manos, la nota bastante abultada.

—Llévatela a casa y léela cuando quieras..., o no lo hagas. —Su hermana sonríe sin insistir—. Esta es la mía —afirma, cogiéndola y colocándola en un lateral del sofá.

Se dispone a coger el paquete envuelto en el pañuelo. Deja la caja de cartón en el suelo y se lo coloca en el regazo.

—Es la hora —anuncia tocando el paquete—. Ya no hay marcha atrás.

Nora asiente y sonríe para alentarla.

Desata el nudo y, frente a ellas, se muestra un diario de color verde oscuro, muy antiguo y sucio, con las letras P. M. grabadas a mano en la parte delantera.

Morris abre el diario por la primera página, aguantando la respiración. Las lágrimas se agolpan en sus ojos al reconocer la letra de su padre y un nudo se le forma en el estómago.

Nora se acerca, colocando su cuerpo junto al de su hermana para poder abrazarla en un gesto protector. Ella es consciente de que es un momento muy importante en la vida de Camila.

—¿Necesitas estar sola?

La inspectora niega con la cabeza.

—No sé quién era mi padre —escupe las palabras con rabia.

—Cariño... —Nora le coge la cara para que la mire—, tu padre es tu padre. El que te crió, el que te dio amor incondicional, el que te protegió, el que te amó junto a tu madre. Este —dice, señalando el diario— es otro Pedro, el que fue antes de que tú llegaras a su vida.

—No era quien decía ser. —Se zafa de las manos de su hermana y se levanta, enfadada. La herida continúa abierta.

—Podemos volver a cerrar la caja y olvidarnos de todo —sugiere su hermana.

Camila se la queda mirando con los brazos cruzados y furia en la mirada, apretando la mandíbula.

En su interior vuelve a sentir la rabia que sintió cuando se enteró de que su padre, aquel hombre afable y cariñoso que la apoyó para que fuera policía, en realidad formaba parte de un pasado que la había roto en dos. Le había mentado, toda su vida había sido un engaño. ¿Cómo un padre puede hacerle eso a su hija? Las imágenes de su pasado olvidado vuelven una y otra vez a su mente, llenándola de rabia.

—Él te quería, Cami, me pidió que te protegiera. Luchó para que estuvieras fuera. ¿Eso no cuenta?


La mirada de Morris se dulcifica un poco al escuchar las palabras de su hermana. Se muerde el labio inferior y se vuelve a sentar a su lado.

—Nora —empieza, pero toma aire—, esto no es fácil. No sé quién era. Y lo peor de todo es no saber qué es lo que hizo.

—Te entiendo. Pero te aseguro que tu padre te quería por encima de todo.

Morris se queda mirando a su hermana.

No está lista para leer la carta.

 **Hasta aquí puedo contarte...**  
**El resto de la investigación te espera**  
**al otro lado del QR.**



Medina. Operación Ébano – Disponible en Amazon